

La gracia: un anticipo de la gloria

Salmo 84:11

Abril 26, 2009

P. Amiris Beato

Muchas veces, los hombres se han encontrado dentro de epidemias y su respuesta ha sido, siempre, buscar la cura para el agente causal; del mismo modo, mucho dinero se ha invertido en la búsqueda de la cura para las enfermedades crónicas que hoy nos afligen. Las Escrituras nos indican una enfermedad más profunda para la cual, también, el hombre debe buscar remedio: su pecado. Y nos indican el remedio, la gracia de Dios, que viene a sanar y consolar a los hijos de los hombres, ayudándoles a vivir agradándole en todas las cosas. Este remedio, esta gracia, es lo que llevará al hombre a la vida eterna, a la compañía de Cristo.

El salmo 84 fue escrito cuando el autor se encontraba fuera del santuario del Señor y puede ser dividido en 2 partes:

- (vv.1-7) Los afectos del salmista por las ordenanzas de Dios (“¡Cuán amables son tus moradas, oh Jehová de los ejércitos! Anhela mi alma y aun ardientemente desea los atrios de Jehová; mi corazón y mi carne cantan al Dios vivo”), y
- (vv.8-12) los afectos del salmista por el Dios de las ordenanzas (“Jehová Dios de los ejércitos... Dios de Jacob... Dios, escudo nuestro... mi Dios... Dichoso el hombre que en ti confía”).

En la segunda parte del salmo, en el v.11, el salmista dice “Gracia y gloria dará Jehová; no quitará el bien a los que andan en integridad”, mostrándonos nuestra relación con el Dios del pacto. ¿Qué podemos aprender de la gracia de nuestro Dios?

Los dones ofrecidos: gracia y gloria

¿Qué mueve a Dios a ser bondadoso?

(Rom. 3:24) “Siendo justificados gratuitamente, por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús”: Dios entregó a Jesucristo en la cruz, el cual murió y dio satisfacción a la justicia divina. Por sus méritos, toda ofensa hecha contra Dios es perdonada: (1) en Cristo, Dios nos declara justos, (2) gratuitamente, (3) por una única razón: su gracia: el puro afecto de su voluntad.

Fue la gracia de Dios lo que le movió a dar al único quien no pecó por todos los pecadores: no fue ningún mérito humano, no fue ninguna deuda divina: fue la misericordia y gracia de Dios. Y, a partir de ahí, toda bendición que el hombre ha recibido, la ha recibido por gracia (Rom. 8:32).

¿Qué es la gracia? La gracia es la bondad de Dios mostrada a seres humanos que no la merecen y que la necesitan. ¿Cómo sabemos que el hombre la necesita? Por 2 grandes razones:

1. El hombre necesita la gracia de Dios porque no merece bondad

(Gén. 2:8,15) Dios hizo el Edén y colocó al hombre en él, para que lo labrase y guardase; ¿lo hizo porque el hombre lo mereciera o porque Él es bueno? (v.22) Dios, además, le dio una mujer; ¿lo hizo porque el hombre hubiese hecho algo para merecerlo o porque Él es bueno? Todas las bendiciones del estado antes de la caída fueron hechas *por gracia*. Sin embargo, la historia no acaba ahí: luego de que Dios hubo dádole una orden al hombre (vv.16-17), éste le desobedeció, haciéndose culpable y reo de muerte. Por esta razón, el hombre no sólo necesita de la gracia de Dios por lo que es, sino, también, por lo que *merece*: es dependiente de la bondad de Dios y *merece* el juicio y castigo de Dios – la muerte.

Por tanto, todo acto de bondad de Dios hacia el hombre es un acto de misericordia de Dios hacia el hombre: el pecado y la justicia exigen condena, siempre.

2. El hombre necesita la gracia de Dios porque el pecado le incapacita para agradar a Dios

(Rom. 8:7) “Por cuanto los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden”: el hombre, por naturaleza, vive en contra de Dios, prefiriendo su pecado al Señor, sin poder desear otra cosa.

¿Cómo puede obtenerse la gracia que trae la bondad de Dios?

(Rom. 5:1-2) “Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo; por quien también tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios”: por la fe en los méritos de Jesucristo.

Ahora bien, ¿por qué elegiría Dios la fe para llevar a cabo esta gracia? Porque la fe es la cualidad humana que le hace depender de otro, no de los méritos propios: por la fe, el hombre llega a confiar en lo que Jesús hizo, no en lo que él mismo hace. “Al que obra, no se le cuenta el salario como gracia, sino como deuda; mas al que no obra, sino cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia” (Rom. 4:4-5). Como gran ejemplo de esto tenemos al apóstol Pablo (1 Tim. 1:12-15).

Así, la conclusión es: no somos salvos por nuestras obras (por las cosas que pensamos, por las que sentimos, por las que decimos o por las que hacemos), sino por lo que el Señor Jesús hizo. Si creemos que merecemos el cielo por lo que hacemos, rechazamos la gracia de Dios en Jesucristo: la salvación es por gracia, no por obras, para que nadie se gloríe: Dios nos salvó para alabanza de la gloria de su gracia (Ef. 1:5-6) – ¡y Él no dará su gloria a nadie!

¿Qué hará Dios a través de esta gracia?

A quien Dios da gracia, también dará gloria (Rom. 8:30), la cual es la honra que Dios pone sobre nosotros ahora, adoptándonos como sus hijos, para luego darnos la herencia eterna. Esto implica que Dios dará toda su bondad para sostener a los suyos hasta el

último día (1 Ped. 1:3-5): Dios no quitará el bien a los que andan en integridad (Sal. 84:11): a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien (Rom. 8:28).

¡¿Por qué, pues, sufrimos?! Porque *todas* las cosas necesarias para la salvación (¡incluso las que duelan!) nos serán dadas, para que perseveremos hasta el final – recordemos, a modo de ejemplo, cómo José debió sufrir mucho, para que todo su pueblo fuese salvo.

Lo que Dios es y será para su pueblo: sol y escudo

El sol ilumina y trae vida a la tierra y, del mismo modo, Dios es luz de su pueblo. ¿Qué sería del mundo sin la luz de la justicia de Jesucristo? ¿Qué sería de la iglesia sin la iluminación del Santo Espíritu? Ciertamente, Dios es quien guía nuestros pasos hasta la Jerusalén celestial.

Asimismo, Dios es escudo de los suyos. Recordemos, hermanos, que estamos en una batalla espiritual, en la que el mundo y Satanás buscan aplastar a los hijos de Dios. En este contexto, Dios nos dice que Él será escudo de su pueblo. Nosotros no podemos defendernos de tantas tentaciones, del engaño de nuestro corazón o de la culpa del pecado; no obstante, escudo es Jehová Dios. En Cristo, no hay culpa; en Cristo, hay libertad; en Cristo, estamos protegidos. Dios ha sido la protección de su pueblo por todas las generaciones y no fallará.

Aplicación

- Hermano, **la gracia de Dios se nos ha concedido para obedecer el evangelio, de modo que vivamos vidas que glorifiquen su nombre.** “Porque la gracia de Dios se ha manifestado para salvación a todos los hombres, enseñándonos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente” (Tito 2:11-12).
- Amigo, **sólo hay un remedio para la enfermedad que ha contagiado a todos los hombres, el pecado: la gracia de Dios.** ¿Acaso habrá algo más grato que la salvación? (¡Y tanto que nos esforzamos por conseguir todo gratis!) ¡Esfuézate, pues, a conseguir la gracia de Dios en Jesucristo!: a nadie le será dado el cielo si antes no le es dada la gracia en Jesús. Asegura la gracia y la gloria, y todas las demás cosas serán añadidas. Pídele, pues, a Dios que te salve: órale y ruégale por su gracia en Cristo Jesús.

Alabada y exaltada sea la gloria de la gracia de Dios manifestada a los hijos de los hombres. Jehová de los ejércitos, ¡dichoso el hombre que en ti confía!

Amén